

vo del artículo del proyecto de ley, que señalaba un castigo contra los que amenazasen la legitimidad de la posesion de los bienes nacionales.

«¡Disposicion bárbara, esclamaba, que no podrá menos de afectar al infeliz emigrado despojado de sus propiedades, y á quien un comprador celoso por sus intereses haya sorprendido derramando lágrimas y exhalando sus quejas sobre la tumba de su padre! ¿Cómo se quiere imponer un silencio, que si es preciso llegarían á romperlo las mismas piedras que sirven de límites á las heredades á cuyos dueños se trata de conceder esas garantías?»

«¿Para qué crímenes pensáis reservar la pena de muerte? preguntaba Mr. de Frondeville; ¿tenemos acaso islas á donde poder relegar á semejantes monstruos? Uno de los mayores males de nuestros tiempos consiste en esa fria filosofia que para castigar los mas atroces horrores no sabe hacer uso sino de penas demasiado suaves. Impongamos la pena de muerte al parricidio, y solo de este modo lograremos evitarlo!»

De modo que la pena que mata se sustituia entonces á la pena que corrige, y hasta la humanidad se convertia en crimen á los ojos de aquellos vengadores de esa misma humanidad, que acababan de regresar del destierro, y que encontraban empapados en su sangre todos los cadalsos de la revolucion. El defensor de Luis XVI, el mismo Seze, que con tanta gloria habia disputado una augusta cabeza al hácha de la política, pedia diariamente la pena de muerte en las leyes que se discutian. En todas partes se veían las huellas de la contrarevolucion; la sangre, por lo tanto, no podía tardar en ser derramada, y ya corría á la sazón á manos del pueblo en las provincias mas exaltadas de la Francia. Las leyes, pues, iban á arrancar la espada de manos de ese mismo pueblo, no para desarmarle, sino para imitarle en sus excesos.

vo del artículo del proyecto de ley, que señalaba un castigo contra los que amenazasen la legitimidad de la posesion de los bienes nacionales.

«¡Disposicion bárbara, esclamaba, que no podrá menos de afectar al infeliz emigrado despojado de sus propiedades, y á quien un comprador celoso por sus intereses haya sorprendido derramando lágrimas y exhalando sus quejas sobre la tumba de su padre! ¿Cómo se quiere imponer un silencio, que si es preciso llegarían á romperlo las mismas piedras que sirven de límites á las heredades á cuyos dueños se trata de conceder esas ga-

El terror de 1815. — Estado de Paris. — Situacion del Mediodia. — Asesinatos de Marsella. — Muerte del general Brune en Aviñon. — Asesinatos de Nimes. — Los verdes. — Intervencion del duque de Angulema. — Heroismo del general Lagarde. — Asesinato del general Ramel en Tolosa. — Los gemelos de la Reole. — Su enjuiciamiento. — Su muerte. — Labedoyere. — Su viaje á Paris. — Su prision. — Su causa. — Su muerte.

De modo que la pena que mata se sustituia entonces á la pena que corrige, y hasta la humanidad se convertia en crimen á los ojos de aquellos vengadores de esa misma humanidad, que acababan de regresar del destierro, y que encontraban empapados en su sangre todos los cadalsos de la revolucion. El defensor de Luis XVI, el mismo Seze, que con tanta gloria habia disputado una augusta cabeza al hácha de la política, pedia diariamente la pena de muerte en las leyes que se discutian. En todas partes se veían las huellas de la contrarevolucion; la sangre, por lo tanto, no podía tardar en ser derramada, y ya corría á la sazón á manos del pueblo en las provincias mas exaltadas de la Francia. Las leyes, pues, iban á arrancar la espada de manos de ese mismo pueblo, no para desarmarle, sino para imitarle en sus excesos.

Las opiniones, contrarias entre sí, si bien templadas como el clima y las costumbres, no habian manchado de sangre la capital durante las numerosas trasformaciones políticas de que acabamos de hacer mencion. El espectáculo de los cadalsos del terror, por espacio de diez y ocho meses que duraron los sacrificios de la Convencion, habian inspirado á Paris la saciedad y el horror á la sangre. Las costumbres ligeras, los sucesos ocurridos tan á la vista y convertidos en espectáculo y en alimento de la pública curiosidad, el hábito del ver elevarse, caer y volver á levantarse otra vez los partidos y los hombres; las numerosas distracciones que ayudan á hacer olvidar asi las afecciones como las iras de los pueblos, la presencia de un ejército y de una fuerza civica que amenazaba de



cercía a la multitud, y, mas principalmente, lo inmenso de una ciudad cuyos habitantes se desconocen entre sí, no pudiendo por lo tanto dar pábulo á esas antipatías de religion y de opinion y á esas animosidades personales que solo terminan con la muerte, todo esto, pues, habia contribuido á preservar de crímenes á París.

El Mediodía se agitaba desde 1814. Las almas tienen tambien sus climas propios como las tierras, y el Mediodía es el foco de la imaginacion francesa. La imaginacion es la medida de las impresiones populares. Por medio de este órgano es por donde la sensibilidad mas ó menos esquisita, realza y trasmite con mayor ó menor energia los resultados de los acontecimientos que abaten ó exaltan á un pueblo. Las poblaciones meridionales de la Francia suelen ser á menudo el centro del movimiento y á veces el vértigo de la patria. Asi produjo á Mirabeau en '89, Marsella envió sus hijos á provocar el 10 de agosto en '92, Aviñon en 1793 habia igualado en crímenes á Roma cuando dictaba sus proscripciones, Tolon se habia arrojado sobre los ingleses, Nimes sobre los protestantes, Lyon se habia armado ó incendiado contra la tiranía de la revolucion de la cual fué uno de los mas ardientes focos aquella villa plebeya; las Cevennas, cubiertas aun con la sangre de las ejecuciones de tiempo de Luis XIV, fomentaban en la oposicion hereditaria de dos cultos á su vez perseguidos y perseguidores, restos de odios que solo servian para dar pábulo á las divisiones políticas.

La restauracion habia hecho temblar á los protestantes respecto á la conservacion de la libertad de conciencia, y habian temido la inevitable alianza entre los descendientes de Luis XIV y los sucesores de Bonaparte,

aunque republicanos de opinion: por esto acogieron como un medio de salvacion el regreso de Bonaparte. Su alegria habia irritado á los católicos y á los realistas, que ardian por vengarse á su vez de los insultos que habian sufrido y de los momentáneos triunfos de sus antagonistas. La religion consagraba á sus ojos semejante odio, y la noticia de la derrota de Waterloo y de la abdicacion de Napoleon vino á romper el fuego que los habia contenido hasta entonces. El pueblo del Mediodía ardia en impaciente cólera contra los soldados que habian sido cómplices de la usurpacion de su patria.

Marsella, que ha dado siempre la señal en estos casos, no pudo contener el grito de *Viva el rey!* á la vista de las tropas del general Verdier que gritaban aun *Viva el emperador!* El general Verdier, antiguo soldado de las guerras de Egipto y de España, pero nada ducbo en apaciguar sediciones, trató en vano de arengar á los grupos, que tomaron su moderacion por temor. Rompióse el fuego, las campanas tocaron á rebato y los realistas que componian la inmensa mayoria, acuden por todas partes en auxilio de los insurgentes.

El general Verdier contaba con suficientes fuerzas para dominarlo todo, mas habiendo tenido noticia del desastre del emperador, y no queriendo verter sangre francesa, se retiró á Tolon, dejando á Marsella y á una parte de la Provenza entregadas al mas desordenado realismo. Aquel movimiento de humanidad del general, fué fatal para los imperialistas mas señalados por sus empleos ú opiniones que no pudieron menos de caer en manos de aquel pueblo furioso y sin represion. La matanza comenzó por los restos inocentes de aquellos mamelucos que Napoleon habia traído de Egipto en otro tiempo, y que pasaban tranquilamente su vida en un barrio de Marsella en donde el sol y la mar les hacia recordar el Oriente. Su sangre inocente vino á colorear las aguas del puerto. No se perdonó ni á sus mugeres, ni á sus hijos. Aquellos



furiosos degolladores, queriendo imitar á los asesinos de setiembre, se encarnizaron en los antiguos compañeros de Napoleón, persuadidos de que al mutilarlos de aquella suerte, mutilaban también la odiosa gloria de que eran un vivo testimonio. El pueblo añadió á sus cadáveres arrojados al mar los de varios ciudadanos de aquella población señalados por su adhesión al emperador. El pillage y el saqueo sucedió á los asesinatos hasta que la clase media, justamente alarmada, se decidió á tomar las armas y contuvo el movimiento que por más que halagase sus sentimientos, amenazaba hasta á sus familias, á sus bienes y á sus hogares.

El mariscal Brune que mandaba el ejército del Mediodía, supo en Tolon los asesinatos de Marsella. Sus soldados ansiaban tomar venganza de ellos, mas el mariscal los contuvo y entregó el mando al marqués de Riviere, comisionado por parte del rey para gobernar y pacificar el Mediodía. Brune, durante su misión en Tolon, solo habia demostrado la mas firme y enérgica neutralidad propia de un general que al mismo tiempo que defendia á su patria contra el extranjero, queria contener las pasiones en el interior. Los realistas no habian tenido nada que echarle en cara sino su estricta obediencia á las órdenes de Napoleón, pues que, por lo demas, él se habia apresurado á ceder ante el destino, haciendo que su ejército reconociese por segunda vez á Luis XVIII con objeto de evitar una guerra civil.

Una vez cumplido aquel deber, dejó á Tolon y tomó el camino de Paris. En vano le aconsejaron que se embarcase para trasladarse con menos peligro á la capital; y se le hizo presente la temeridad de su viaje por tierra

teniendo que atravesar poblaciones que se hallaban sublevadas, porque su nombre representaba una causa detestada y podia ser el origen de un crimen. Brune se contentó solo en su valor y en su inocencia.

Salió de Tolon en la noche del 31 de julio, y al cambiar de caballos en Aix, fue reconocido, formándose alrededor de su carruaje un grupo de furiosos de quicon dificultad pudo al fin libertarse. Habiendo llegado el 2 de agosto por la mañana á Aviñon, hospedose en una posada de la villa proxima al Rodano. La noticia de su llegada circuló al instante entre aquel populacho ocioso que cubre á todas horas los muelles, las calles y las plazas, en un clima en que se vive al aire libre, y donde el mas pequeño rumor produce una emocion y un agrupamiento por parte de aquel pueblo móvil y dispuesto. El nombre del mariscal Brune, victima de una odiosa calumnia, habiase hecho sinónimo de un gran crimen en el Mediodía, á consecuencia de haberse hecho correr la voz de que el mariscal, que era en 1792 un artesano y un furibundo revolucionario, habia tomado parte en los asesinatos de setiembre de aquel año, verificados en las prisiones de Paris, y que era él el que habia paseado por las calles la sangrienta cabeza de la bella é inocente princesa de Lamballe.

Aquel siniestro rumor, desmentido en vano por toda su vida de soldado y por su ausencia de Paris en el momento del crimen, circuló entre la muchedumbre, añadiéndose ademas que aquel séide de Bonaparte, marchaba no á Paris al lado del rey, sino al ejército del Loira para tomar el mando y venir á castigar al Mediodía. A tales rumores, fomentados por personas de algun crédito en el pueblo, la posada en que paraba el mariscal fue asaltada por un inmenso tropel. En vano trataron de cerrar y de atrancar las puertas; en vano Mr. de Saint-Chamont, prefecto de Aviñon, que se hallaba casualmente en la misma posada, se dió á conocer y logró que se



dispersasen una vez los sitiadores, los cuales volvieron á organizarse delante de la casa del corregimiento Monsieur Puy, Mr. de Saint-Chamont, Mr. de Balzac, acudieron con un puñado de intrépidos y generosos ciudadanos á fin de arrancar su víctima á los furiosos, consiguiendo librar por segunda vez al mariscal á fuerza de súplicas y de energía. Su carruaje marchaba ya en dirección del Ródano, cuando habiendo sido asaltado de nuevo en tan corto tránsito, rodeado de mil vociferaciones, cubierto de pedradas, y amenazado con cuchillos, fué conducido por tercera vez el coche al patio de la posada.

El prefecto, el *maire*, los oficiales, los ayudantes de campo, el mayor Lambot, que mandaba en aquel departamento, Mr. de Montagnat, jefe de la guardia nacional, Mr. Hughes, teniente coronel retirado en Aviñon, se colocaron delante de la puerta presentando sus pechos á la irrupcion y jurando al pueblo que seria preciso pasar por encima de sus cadáveres antes que manchar el suelo de aquella villa con la sangre de un mariscal de Francia, inmolado sin defensa, sin crimen y sin ser juzgado. Los gritos del pueblo se alzaron entonces contra aquellas autoridades y aquellos ciudadanos; los unos se vieron obligados á retirarse por no aumentar mas la irritacion con su presencia, otros fueron derribados, pisoteados por la multitud y arrastrados por el polvo; el mayor Lambot, sin embargo, logró incorporarse, y acompañado de Hughes cargó á la bayoneta á los sitiadores, los cuales fueron puestos en fuga, quedando libre la puerta de la posada. Mr. Balzac, subprefecto de la villa, ahuyentó los últimos grupos de aquellos furiosos; mas cuando ya la tranquilidad parecia haberse restablecido en la plaza, oyóse en lo interior de la posada una mortal detonacion, viéndose al mismo tiempo salir el humo de las descargas por la ventana del cuarto donde el general aguardaba resignado su suerte. Uno de los asesinos, con el arma descargada en la mano, se asomó al balcón y

anunció al pueblo su cobarde triunfo y su venganza! Brune, tendido sobre el pavimento, no existia ya. Unos cuantos de aquellos malvados, viendo que era imposible penetrar por la puerta, habian escalado los tejados de las casas inmediatas, sin que nadie los viese, y pasando desde allí á las bohardillas de la posada, habian penetrado hasta la habitacion en que Brune se creia ya salvado, el cual se ocupaba en aquel momento, como para cobrar ánimo y consolarse, en leer una afectuosa y tierna carta de su esposa. Al verse frente á frente con sus asesinos, no se turbó en lo mas mínimo ni se humilló con súplicas ni ruegos. «¿Qué me queréis?» les dijo con acento tranquilo. Un pistoletazo fué la contestacion que recibió, mas habiendo apartado el cañon con la mano, la bala fué á perderse en el vacío. Entonces un segundo disparo vino á herirle en la cabeza, cayendo muerto á los pies de sus asesinos. Mil gritos y aullidos de alegría fueron lanzados al aire por la multitud, como para celebrar aquel crimen.

En vano las autoridades, para evitar aquel borron á la ciudad, trataron de dejar consignado, por medio de falsas declaraciones, que el mariscal, espantado de la cólera del pueblo, se habia suicidado, pues ese mismo pueblo se encargó de desmentir aquella oficiosa determinacion con las nuevas atrocidades que tuvieron lugar. El cadáver del mariscal fué perseguido hasta despues de la muerte, arrancado de su ataúd, arrastrado por los suelos y precipitado al Ródano desde lo mas elevado del puente; y como si todo esto no fuese bastante, fué perseguido su cuerpo flotante sobre el agua, llenándolo de imprecaciones y atravesándolo á balazos. La corriente condujo el cadáver, rechazado de la orilla por el furor de los habitantes, á un sitio aislado entre Arlés y Tarascon. Las aves de rapiña, atraídas á la playa por la vista de un cuerpo muerto, se precipitaron á bandadas entre los cañaverales.



El ruido de sus alas llamó la atención de un pobre pescador y le hizo descubrir el cuerpo del mariscal cuyo nombre y trágica muerte habían llegado ya a sus oídos. El solo le dió sepultura favorecido por la oscuridad de la noche, temiendo que su piedad no le fuese imputada por un crimen, y hasta dos años despues no reveló á nadie aquel misterio. Aquellos funerales traen á la memoria los de Pompeyo que tuvieron lugar en la playa de Egipto por mano de un antiguo soldado romano que alzaba la llama de la hoguera donde ardía el cuerpo de su general.

Aquel crimen no debe sin embargo atribuirse al gobierno, sino á la opinion realista fanática dominante en el Mediodia: él fué la señal de otros crímenes populares que consternaron, deshonraron y ensangrentaron durante muchos meses aquellas provincias. En Nimes, ciudad que conserva algo de la magestad de Roma en sus monumentos y de la severidad del carácter transiverino en sus costumbres, el furor civil aumentado por el furor religioso, igualó á las barbaries de 1793 en Avinion y en Paris. Los verdes, bandos organizados de degolladores bajo la profanada bandera de la religion y del trono, recorrian los campos, las villas y las ciudades. Con pretexto de vengar en los protestantes la complicidad con los bonapartistas, asesinaban en masa familias enteras que estaban designadas á sus pañales. Despues de haber saqueado el castillo de Vaqueriville y quemado vivos á sus habitantes en sus viviendas incendiadas, alrededor de las cuales bailaban en rueda á los gritos y alaridos de las victimas, arrancaron de la tumba el cuerpo de una jóven de quince años, y despues de haberla pisoteado y maltratado, se entregaron sobre su cadáver á las mas brutales profanaciones. Millares de protestantes, fugitivos de sus habitaciones saqueadas, andaban errantes por los bosques y por las montañas. El terror ó la muerte los iba llevando de asilo en asilo.

Perseguidos hasta este punto, fuéles imposible presentarse en las elecciones para reclamar su derecho de ciudadanos. Y para procurarse patronos de su perseguida secta que los defendiesen para con el gobierno.

El rey se lamentaba de aquellos crímenes cometidos en nombre del celo que devoraba á sus partidarios en aquellas provincias, mas no se atrevia á mostrarse severo con sus amigos aunque se abochornaba de tolerar á aquellos malvados. Envio á Nimes al general conde de Lagarde, antiguo ayudante de campo y amigo del duque de Richelieu, hombre de buen sentido, esforzado y virtuoso, y bastante diplomático además para conciliar con habilidad el sentimiento realista de que él mismo se sentia animado con el restablecimiento imparcial del orden y la protección de las victimas, que era el principal objeto de su mision.

El conde de Lagarde, que ocultaba bajo un fisico endeble y delicado, un animo sumamente varonil, no se hizo ilusiones acerca de lo peligroso de su mision. El solo contaba con un reducido número de tropas, mas no por eso titubeó apenas hubo llegado á Nimes, en reducir á prision al jefe de los agitadores y asesinos llamado Trestailon. Al ver aquel acto de generosa osadía, el furor de los católicos y de los realistas se deshizo en amenazas y en sublevaciones. Los verdes y los voluntarios fanatizados se organizan á las órdenes de Servan y de Truphemy, dignos vengadores de su cómplice Trestailon. Mas las tropas eran ya muy inferiores en número comparadas con aquellos federados del crimen.

El prefecto Mr. Darband de Jouque, hombre moderado pero lleno de energía, elegido por Mr. Decazes



para refrenar las pasiones en las orillas del Rodano, se persuadió de la insuficiencia de la represión militar, y solicitó del duque de Angulema, que á la sazón recorría el Mediodía, que viniese á satisfacer ó intimidar á un tiempo mismo con su presencia el delirio de aquella población. El duque de Angulema, empapado en la prudencia del rey, lanzóse al punto entre las víctimas y sus verdugos; oyó las súplicas de los protestantes y calmó la irritación de los católicos. Resistió con la mayor impasibilidad á las instancias del clero, de las mugeres y de los protectores, influyentes de Trestaillon, que tuvieron la osadía de pedirle que pusiese en libertad á aquel criminal. «No por cierto, les dijo, yo no protegeré jamás contra la ley á los asesinos y á los incendiarios.» Dió orden para que se abriesen los templos protestantes cerrados por el terror, y se ausentó dejando al general Lagarde el cuidado de acabar su obra y de pacificar el país.

Mas apenas el príncipe hubo emprendido su marcha, cuando la audacia de los realistas volvió á renacer en todo su furor. Los católicos, amotinando al pueblo en nombre de Dios y del rey, rodearon mientras se estaban celebrando las ceremonias del culto, el templo principal de los protestantes en Nimes. Las puertas fueron echadas abajo, los fieles emprendieron la fuga, el ministro fué a rastrado por el pavimento del santuario, los hombres atropellados, las mugeres deshonradas por medio de los mas ignominiosos suplicios. El general Lagarde acudió al frente de un regimiento, y se lanzó solo y á caballo en medio de aquellos furiosos, intentando arrancarles sus víctimas y reducirlos por la persuasión á la humanidad y á la tolerancia. Mas sin consideración alguna á aquella

magnanimidad de un soldado que desarmado y sin defensa alguna se lanza, el mismo á evitar que corra sangre por ambas partes, los verdes y los voluntarios rodearon á Lagarde y le abrumaron á silbidos, á insultos y á pedradas. Un guardia nacional, llamado Boivin, agarró con una mano la brida del caballo del general, y apoyando con la otra una pistola sobre su pecho, atravesó el corazón del desgraciado Lagarde. Este, aunque herido de muerte, logró sostenerse aun sobre su caballo, y con voz débil á causa de la sangre que vertía á torrentes, dió orden al regimiento de cargar sobre sus asesinos. El regimiento cayó en seguida sobre aquella turba logrando ponerla en dispersion. El general casi moribundo, fué conducido en una camilla hecha con los fusiles de sus soldados.

El duque de Angulema, apenas tuvo noticia de tales asesinatos, volviósse atrás, y entregó á Trestaillon en manos de la justicia, la cual, bien fuésse por parcialidad ó por temor, declaró absueltos á los culpables. El pueblo, entusiasta siempre por todo aquel que le ayuda y le sirve en sus desvarios, condujo en triunfo á Trestaillon. Boivin, el asesino del general, despues de confesar su crimen y de vanagloriarse de él, fué tambien absuelto por el jurado bajo el pretexto de que lo hizo en defensa propia. El realismo, la buena fé y la justicia quedaron deshonrados á la vez con semejantes sentencias.

## VI.

Tolosa imitaba las agitaciones y el frenesí que dominaba á Nimes; mas allí la opinion sola era la que inspiraba los furores civiles. La fé no venia en Languedoc á aumentar el conflicto de las conciencias al de las dinastías; pero la ferocidad de los caracteres meridionales im-



primia igualmente toda su pasión á los movimientos políticos.

El rey había confiado el mando de Tolosa al general Ramel, antiguo voluntario de 1792 que había sido ascendido grado por grado por su valor y sus servicios. Ramel, al cargo de la guardia del consejo en 1797, después de haber sido por consecuencia del 18 de fructidor en compañía de sus compañeros de Carnot, de los cuales se le había creído como un plice equivocadamente, escapado de la Guayana en una chalupa, regresado á Francia durante los últimos años de imperio, había sido empleado por Napoleón en España, pero siempre fué sospechado de inclinación á los Borbones. Después de su destierro con Pichegru, Ramel, un soldado de fortuna, se había negado á servir durante los Cien Días. Semejante reserva rara en un ejército tan móvil, había valido á Ramel la confianza de los realistas. Esforzabase, pues, en contener en las orillas del Garona y en las sangrientas animosidades del pueblo contra los restos fugitivos del ejército licenciado de Napoleón que atravesaba aquellas provincias. Algunos de aquellos oficiales, los proscritos, y obligados á ocultarse del resentimiento del pueblo, habían hallado un generoso asilo en la misma casa del general. Aquella acción, sin embargo, se le imputaba como un crimen por los realistas y se daba el nombre de traición á aquella magnanimidad de un soldado. Los voluntarios realistas, sedientos de la sangre de aquellos proscritos, rompieron en insultos contra Ramel, en el cual les anunció su resolución de arrostrarlos todo y de disolverlos.

Al oír esto, se reunen en grupos en los sitios más públicos y conspiran á voz en grito contra la vida del general, y haciendo que se les unan los gefes y los bandos de los pueblos inmediatos, forman por las calles sin otros grupos cantando los más cínicos cánticos y dando gritos sangüinarios contra el hombre que los reprime y los contiene, mezclando siempre á ellos el grito de viva el rey!

rey!» para cubrir la sedición con un pretexto de fidelidad.

El 13 de agosto por la noche, mientras aquellos grupos delirantes repetían sus ferozes cánticos en la plaza de los Carmes, una partida de ellos mismos, reclutada, concentrada y armada de antemano con aquel objeto, se separa del grupo principal de que formaba parte y plantándose de un brinco en el casa del general, sorprende y desarma la guardia, fuerza las puertas, sube las escaleras y se encuentra frente á frente con el general.

«¿Qué es lo que quereis?» les dijo éste con voz amenazadora y ademan impasible. «Matar y matar en tí á un enemigo del rey.» repuso uno de los asesinos, y asistando su arma al pecho de Ramel, pero sin oír en el punto precipitarse sobre él recibiendo el golpe en su lugar. Ramel entonces echó mano á su espada, decidido á morir como un valiente y no como una víctima. Mas en tanto que el verificaba aquel movimiento, que hizo retroceder á los asesinos, un pistolatazo atravesó de parte á parte al general, que cayó sobre la meseta de la escalera, al lado del centinela moribundo, á quien procuraba cubrir con su cuerpo. Sus ayudantes de campo y demás oficiales á sus órdenes salieron de sus habitaciones con sable en mano y saltando por encima de los dos cuerpos, acuchillaron y persiguieron á los voluntarios hasta la plaza. Se condujo á Ramel á su lecho, y un facultativo después de examinar la herida, la encontró mortal; y habiéndose asomado á la ventana para anunciar aquella fatal nueva á las turbas que se agitaban aun con el mayor furor, creyendo por este medio calmar su rabia satisfaciéndola: «¡Tanto mejor! le respondieron aquellos hombres implacables, pero allá vamos á concluir con él y será mas seguro!»

Apenas hubieron resonado estas palabras, cuando el populacho principió á demoler un arco de triunfo erigido sobre la plaza para celebrar la reciente entrada del duque de Angulema, y sirviéndose de los maderos y vigas para arran-



car las rejas y forzar las puertas de la casa, después de haber inmolado á los soldados que defendian el vestibulo, logran volver á subir hasta la misma habitacion del moribundo. El médico que le prodigaba sus auxilios se arrojó á los pies de los asesinos para suplicarles que le dejen los breves instantes que le quedan de vida; sus ayudantes de campo defienden el lecho con sus cuerpos y con sus espadas desnudas. Ramel, por el contrario, estendiendo los brazos hácia sus verdugos, les pide que le acaben cuanto antes para abreviar la cruel agonía que destroza sus entrañas. Entonces uno de ellos, tratando de añadir la burla al crimen y el sarcasmo al golpe, le cruzó la cara de un sablazo diciendo al mismo tiempo aquel malvado: «Esto es por obedecer al general.» Los demás siguieron su ejemplo, hundiendo sus bayonetas en el cuerpo de Ramel, y repitiendo igual insulto, hasta convertirlo en un tronco sin miembros. Los asesinos se disputaban aun el honor de empapar sus armas en aquella sangre, hasta que por último se apartaron de aquel sangriento lecho entonando cánticos de triunfo.

La noche y la embriaguez de aquel populacho vinieron á poner término á aquella escena, digna de la Saint-Barthelemy y de las jornadas de setiembre. Las tropas enviadas por el mariscal Perignou, gobernador de la provincia, no llegaron sino para dar sepultura á la víctima. La justicia, así como en Nimes, se negó á vengar aquel atentado, pues dejó que la indignacion contra los verdugos fuese estinguiéndose á fuerza de dilaciones, puso en libertad á los gefes y no castigó á los ejecutores sino á penas harto indulgentes y llevaderas, bajo el pretexto de que solo habian acometido á un cadáver.

Tal fué, por espacio de muchos meses, la venganza que ejerció el Mediodía contra los partidos sospechosos ó

de complicidad con los soldados del emperador, ó de tibieza con respecto á los Borbones, ó de disidencia con del fanatismo del pueblo. Se vé bien que la venganza era una especie de pasión que habia llegado á apoderarse de todos los partidos en aquel clima próximo á España é Italia, que son las tierras de las pasiones y de las venganzas.

Los realistas de Paris, avergonzados con semejantes atentados, querian mejor negarlos que disculparlos ó perseguirlos. Solo un hombre decidido por la humanidad, Mr. d'Argenson, fué el único que se atrevió á hacer resonar el eco de tantas víctimas desde la Cámara de los diputados! Al oír la palabra asesinatos, pronunciada por el orador, la Cámara, aparentando una incredulidad de conveniencia, se alzó con furor en contra suya, sellándole los labios como á un calumniador; porque á nadie le era permitido decir lo que todo el mundo sabia. Denunciar el crimen era á la sazón el mas soberano delito! El partido apasionado de los Borbones llevaba el celo por aquella causa, no solo hasta la aprobación, sino hasta el silencio, que es la tácita amnistia de los mas odiosos atentados.

Las mismas pasiones que en Marsella, Nimes, Aviñon y Tolosa, fermentaban en Burdeos.

Los hermanos gemelos, César y Constantino Faucher, que habitaban en la pequeña aldea de la Reole, habian seguido juntos la carrera militar hasta llegar al grado de general. Culpables de haber saludado el regreso de Napoleón como un recuerdo de su vida de soldados y de haber desempeñado durante los Cien Dias cargos civiles y militares en la Gironda, se les acusaba de sostener un



foco de un apartismo dentro de su propia patria. Cerca de dos por espacio de tres días, en su casa, por un destacamento de voluntarios de Burdeos, y de tropas españolas, se habian negado á franquear la puerta á las brigadas intrabaciones de aquella tropa. Semejante conducta ocasionó contra ellos dar animosidad de los partidos realista, y habiendo sido presos, y conducidos al fuerte del Hâ, fueron arrojados á un calabozo como si fueran los más alydetos malvados. Los oradores del foro de Burdeos, y hasta el mismo Mr. Ravez, temerosos é indiferentes, se negaron á tomar á su cargo la defensa de los gemelos; mas estos se defendieron uno á otro, prestandose mutuamente ante el consejo de guerra el fraternal auxilio de su palabra, poco diestra, en verdad, pero llena de sentimiento. Por último fueron condenados á muerte.

En vano una sobrina de aquellos desgraciados que constituja ella sola toda su familia, recorrió toda la poblacion bañando en lágrimas los umbrales de sus acosidos, de sus enemigos y de sus jueces. Sin embargo cuando uno de los dos gemelos trató de separarse en causa de la de su hermano, haciendo que recayese sobre uno sólo todo el crimen, y sufrir la ejecucion por su hermano. Confundidos en un mismo odio, fueron tambien confundidos en una misma sentencia. Mas de una hora tardaron en atravesar la multitud que se agolpaba para verlos conducir á la *Cartuja*, que era el sitio señalado para su suplicio, hasta donde fueron los dos cogidos de la mano.

Puestos en pie frente al peloton que los apuntaban con sus fusiles, quisieron recibir abrazados, como se hallaban, el golpe que habia de poner fin á sus dias; á fin de quedar unidos en su muerte como lo estuvieron en la vida. César dió la voz de fuego, y ambos gemelos cayeron á la vez, atravesados por las balas, pero no aterrados por la descarga. Constantino, levantándose sobre sus rodillas, y sobre sus manos mutiladas, procuró arrastrarse todavía hacia su moribundo hermano para abrazarle una vez mas, y ha-

biendo colocado su cabeza sobre el rostro de César, conó sobre un tajo de paz y de caridad, recibió en aquella gota la segunda desbarga sobre su frente que de una vez dió libertad á sus dos májmas, y apartó á obscuridad á los dos. Nosotros hemos llamado desintento los nombres de dos acusadores y de los jueces, y sólo hacemos mención de los de las víctimas; porque estas á tieneo por merecer la piedad y la historia, y los otros solo dieneo los remordimientos y el desprecio de los oradores del foro. Los oradores se negaron á tomar á su cargo la defensa de los gemelos; mas estos se defendieron uno á otro, prestandose mutuamente ante el consejo de guerra el fraternal auxilio de su palabra, poco diestra, en verdad, pero llena de sentimiento. Por

Mientras que las venganzas privadas y jurídicas ensangrentaban de este modo el territorio del Mediodia de la Francia, el gobierno se opomía á verificar ciertas justicias políticas, y ciertas rejeciones que debian dar un colorido nuevo á la gaceta á su reinado de arrepentimiento y de paz, y que repugnaban igualmente al carácter indulgente de Luis XVIII, á la elevacion de alma del duque de Richelieu y á la juventud naturalmente generosa del favorito de Mr. Decazes. Pero las pasiones políticas quieren tener cómplices en los gobiernos, y cuando estos no acceden á ser sus instrumentos los convierten en sus víctimas con la mayor facilidad.

Las grandes amnistías son los actos mas necesarios, y al mismo tiempo los mas difíciles de aceptar por los partidos que acaban de salir de la opresion. Aquel perdón magnánimamente otorgado por el poder é impuesto con energia á los vencedores es el heroismo de las restauraciones. Tanto á Luis XVIII como al duque de Richelieu y á Mr. Decazes, les faltó, sino aquella convicción, al menos la intrepidez que necesitaban contra la sed de represalias que devoraba á los amigos del rey. La corte, los salones, los diarios, la tribuna, y hasta los pulpitos



sagrados resonaban en acusaciones ó injurias con la traición, la impunidad de los conspiradores, verdaderos ó supuestos, del 20 de marzo. Atribuíase á la escociva indulgencia de Luis XVIII y á la confianza que dispensó á los hombres del imperio, así la caída del trono y el destierro de los Borbones como la devastacion y la ocupacion de la patria por los ejércitos estrangeros. Los unos exigian venganzas, los otros reclamaban garantías. Estas venganzas, sin embargo, y estas garantías no eran otra cosa que sangre. Luis XVIII queria evitar que aquella se derramase á torrentes, mas tambien creia no poder resistir al fin á los resentimientos de su partido sino le concedia algunas gotas. El, en su interior, limitaba á unos cuantos ilustres culpables, el número de las víctimas que seria preciso sacrificar á la justicia política, pero al mismo tiempo no queriendo apoderarse de ellos habíales dado el tiempo suficiente para ocultarse ó para huir. Mas el celo preventivo de sus partidarios y el rigor de los odios de partido, y le serían aun mas allá de sus desbos. Dos de aquellas víctimas notables fueron presas sin que el rey fuese bastante para estorbarlo, y su presencia en los calabozos de París no le daba lugar á elegir mas que entre una clemencia que serviria para acusarle de debilidad ó de traicion contra si mismo, ó una severidad que habria de consolar su reinado ante la posteridad.

Aquellas dos víctimas eran Labedoyere y el mariscal Ney.

Despues de la ocupacion de París, Labedoyere habia seguido al ejército al otro lado del Loira. Nadie estaba mas amenazado que él, porque nadie tampoco habia dado el ejemplo antes que él de una defeccion premeditada estando con las armas en la mano. Al inducir á su regi-

miento á dar aquel paso, arrastró tras sí á todo el ejército. Así es que Napoleón le debia su segundo trono y los Borbones su segundo destierro. Familiar asiduo de la reina Hortensia y comensal del emperador en la Malmaison hasta el último dia, su firme adhesion á su familia y á una patria que ya no podia ofrecerle mas que una tumba habiale impedido seguir á Napoleón á Rochefort y á Santa Elena. En lugar de haberse aprovechado de un pasaporte que la reina Hortensia obtuvo de Fouché para que huiese de aquel volcan, Labedoyere dejó marchar al emperador para su destierro y siguió al ejército francés que se dirigia hácia el Loira.

Los generales Excellmans y Flahaut, sus amigos, con los cuales se reunió en Riom, le hicieron nombrar jefe de estado mayor del cuerpo de ejército acantonado en aquella villa. Habia sabido en Riom la proscripcion dictada contra todos los jefes mas señalados durante los Cien Dias, y aunque ninguno mejor que él debia aprovecharse de aquellos avisos, él los despreció y no hizo caso de ellos. El vértigo que arrastra hácia su pérdida á las cabezas estraviadas, habíase apoderado de él. Su corazon estaba en París, y el atractivo que le hacia volver sus ojos hácia aquella ciudad, le ocultaba al mismo tiempo el peligro de volver á presentarse en ella. No es fácil explicar de otro modo la fatalidad que al fin le condujo allí. En vano los generales Excellmans y Flahaut trataron de combatir semejante aberracion de espíritu. Labedoyere tenia 29 años, edad en que las temeridades desaparecen ante los deseos. Así, pues, no dió oidos á los consejos de sus amigos: procuróse un pasaporte con nombre supuesto, y sustrayéndose á la amistosa vigilancia del general Excellmans, marchó en la diligencia de Riom para París.